PENÚLTIMA INTEMPERIE, POEMARIO DE ANTONIO PORPETTA

GERARDO PIÑA-ROSALES
Lehman College & Graduate Center
CUNY

1

Antonio Porpetta acaba de publicar su antología personal *Penúltima intemperie* (preciosa edición de la Institucion Alfonso el Magnánimo, de Valencia). Las iluminadoras palabras previas, que sirven de presentación al poemario, a cargo de Florencio Martínez Ruiz, me eximen de cualquier torpe comentario mío. Pero como lector atento y jubiloso de su poesía, sí quisiera, y aunque sea a vuelatecla, bosquejarles el contenido de este poemario singular.

Estamos ante una antología realizada por el propio autor, hecho en sí significativo, pues viene a enfrentarnos con esa pregunta que tantas veces nos hemos formulado: ¿hasta qué punto es el autor buen crítico de su propia obra? Si esgrimimos el vocablo *crítico* desde su acepción etimológica griega, es decir, la de «jrinomai», la de «juzgar», huelga decir que el resultado de ese juzgar o enjuiciar arrojará, por ende, aspectos positivos y negativos, aspectos relevantes, menos relevantes, o irrelevantes, de lo que se juzga. Si el artista no poseyera ese sentido autocrítico ¿cómo podría pulimentar su propia obra, desechando lo espúreo o lo superfluo, cribando de entre infinitas posibilidades la palabra justa, la imagen fecunda, la metáfora innovadora? Se escribe con los sentidos, sí, pero se corrige con la inteligencia.

2

Otro aspecto de ese autojuicio es el de la antología personal, como la que ahora comentamos, no la que nace por el gusto —o necesidades poco perentorias— más o menos prejuiciado del antólogo, sino la que es hija del entendimiento, es decir la realizada por el propio autor. Esto no significa ne-

ACTAS XXXVII (AEPE). Gerardo PIÑA-ROSALES. «Penúltima intemperie», poemario de A...
Centro Virtual Cervantes

cesariamente que para este o aquel lector los poemas que el antologado ha seleccionado de sus libros previos sean los mejores poemas. Sin embargo, quién negará que si el poeta mismo, padre y madre de la criatura, ha elegido tal o cual poema de entre su vasta progenie lo habrá hecho por razones de peso, sobre todo porque piensa que esos poemas representan —repito, representan—, aunque con la fidelidad ambigua de todo fenómeno artístico, lo mejorcito, lo más granado de su obra poética, la esencia misma, medular, latente o patente, de aquel tránsito, nunca superado (no creo en esas superaciones), aunque tal vez trascendido, por el que pasó su andadura vital.

Por mi parte, también yo tendré que elegir de estos poemas que conforman el libro, los que me parecen mejores, es decir los que más me llegan, porque si el poema no suscita emoción —ni cordial ni intelectual—, a mi modo de ver, no es más que un intento frustrado, un manotazo torpe, un silencioso grito. No este el caso de *Penúltima intemperie*, pues las diferentes tesituras y registros que recorren sus versos lo convierten en un libro riquísimo, inagotable. Porpetta ha dicho siempre que él no escribe poemas sino libros, por lo que tendremos que acercarnos a esta antología no ya como si esta fuera un mero florilogio de poemas ya conocidos, sino a sabiendas de que en esta nueva vertebración hallaremos nuevos caminos, nuevas fronteras, nuevos ecos.

3

Y así, de *Meditación de los asombros* (1981), yo destacaría el único poema que aparece dedicado —a Mordecai Rubín, precisamente— : «Muñeca de marfil...», que evoca, en un tono de melancólica ternura (frecuente, por lo demás, en la poesía de Antonio Porpetta), ese temblor, esa angustia, que nos asalta ante la impavidez de la muerte pequeña y olvidada. Ayer, como hoy, nos dice el poeta (o al menos así lo entiendo yo), la verdadera vida parece residir no en los grandilocuentes gestos ni sonadas gestas sino en esos pequeños, humildes detalles, como es esa muñeca muerta junto a la niña muerta en un pasado remoto, aparentemente irrescatable.

De *Ardieron ya los sándalos* (1982), leo y releo «Asunción del olvido», por esa urdimbre que se da entre el tono arcaizante y el tema de amor apasionado.

ACTAS XXXVII (AEPE). Gerardo PIÑA-ROSALES. «Penúltima intemperie», poemario de A...
Centro Virtual Cervantes

Y cómo no emocionarse con la lectura del poema «Música», de *El clavicordio ante el espejo* (1984), ventana semiabierta al paraíso perdido que es siempre la infancia.

Para un poeta, la palabra es lo primero; y aunque algunos crean que las palabras son como las prostitutas, que se venden al mejor postor, nada más lejos de la relación de un poeta con el instrumento que le permite recrear el mundo, su cosmogonía personal e intransferible, porque no basta nombrar para crear, hay que dominar el verbo, subyugarlo, transformarlo, pues a eso aspira siempre la palabra poética. Lean, lean ustedes el poema «Las palabras», *De los sigilos violados* (1985), y ya me dirán si me equivoco.

4

El Mediterráeno, ha dicho el escritor marroquí Tahar Ben Jelloun, es «un lago mágico, un lago hecho para la gratuidad, para la belleza y para el espectáculo de la vida». Y es cierto, pero es también cierto que Porpetta no sólo canta, en *Adagio Mediterráneo* (1997) la belleza del mar sino esa otra cara, bella también, pero de una belleza convulsiva, que es la imagen del ahogado como en el poema «Los ángeles del mar».

Como los sentenciosos proverbios de Sem Tob, los jondos cantares de Antonio Machado, las afiladas greguerías de Gómez de la Serna, *Silva de extravagancias* (2000) parece ser un remanso en la trayectoria poéticovital de Antonio Porpetta:

«Lo malo de este oficio
es que no sabes nunca donde empieza
la sincera ficción, y donde acaba
la fingida verdad...
mientras oyes la voz de la locura
llamándote muy breve
desde las altas sombras

ACTAS XXXVII (AEPE). Gerardo PIÑA-ROSALES. «Penúltima intemperie», poemario de A...
Centro Virtual Cervantes

5

Y he dejado para el final, mi breve comentario sobre *Territorio del fuego.*

«Los poemas que componen este libro no tiene una destinataria concreta; por ello, no van dedicados nadie. La 'amada'que los protagoniza es un compendio de varias realidades que dejaron huella en la piel y en la memoria de su autor», nos dice Antonio Porpetta en el pórtico mismo de *Territorio del fuego.* De esta aclaración del autor no debe colegirse que la amada, cuyo retrato se va pergeñando, caricia a caricia, beso a beso, en estas páginas, sea un ente ideal, una entelequia. Nada más lejos de la poesía vitalista de Antonio Porpetta. No se trata de amor idealizado —ni garcilasiano ni petrarquista— sino de un amor real y apasionado, cuyas referencias habrá que buscar en ese serpenteante y jubiloso caminar del poeta por el cuerpo de la amada. Por el cuerpo de fuego de la amada, debería haber dicho, pues es ese cuerpo amado el espacio que el poeta recorre, deteniéndose, morosamente, en las zonas donde anida el deseo. Deseo consumado, que sólo adquiere relevancia en el recuerdo, porque recordar al ser amado es retornar al deseo, condenándose así como encadenado eros. Sí, el amor nos encadena, pero también nos libera, nos salva de nosotros mismos, nos ennoblece, sobre todo cuando a la seducción y a la entrega sobreviene ese tiempo detenido, donde la mirada y el tacto, más allá del silencio y la palabra, se encuentran y confunden.

6

Cada poema de *Territorio del fuego* equivale a una instantánea, pero a diferencia de las viejas fotografías, desvaídas y sepias, estas imágenes que la palabra mágica evoca nos hablan de esa alta alegría que es el vivir en los pronombres. La memoria del poeta, por mor de la quintaesenciada metáfora —signo y clave del arte de Antonio Porpetta— logra recobrar, aunque sólo sea por un instante, ese ayer, donde el eros desencadenado, en ardiente batalla, vencía a la muerte, trascendiéndola, negándola.

Territorio del fuego, de Antonio Porpetta, es como el sacrificio de la misa, desde el introito inicial de ese «inagotable cuerpo de mujer» hasta la «danza ritual» que habrá de culminar en la unión —comunión— entre dos cuerpos, entre dos espíritus. Y así, en breves, mas intensos momentos, de esta

ACTAS XXXVII (AEPE). Gerardo PIÑA-ROSALES. «Penúltima intemperie», poemario de A...
Centro Virtual Cervantes

liturgia del eros, asistimos al amor, a la ceremonia iniciática, donde el poeta, respondiendo a la voz de su sangre, acude, sin prisas pero sin pausas, a la sirénida voz que le convoca, al territorio del fuego, donde habrá de consumir y consumirse.

ACTAS XXXVII (AEPE). Gerardo PIÑA-ROSALES. «Penúltima intemperie», poemario de A...
Centro Virtual Cervantes